

monio sospechoso, porque acostumbra a decir mentiras; y pruébasele; que hacer lo contrario es testimonio más verdadero. Sea, señoras, tal vuestro vestido, y traje, y meneo, y gravedad en el rostro, que todo dé testimonio que aborrecéis mucho de que nadie os mire con malos ojos, y de que lo procuraréis así con todas vuestras fuerzas.

¿Quién os ha hecho entender que las ánimas son de tan poco valor como aves del campo, que por tomar pasatiempo los hombres las cazan y matan? Preciosísima cosa son, y criadas a la imagen de la Santísima Trinidad; y una sola de ellas es más valerosa que todos los cuerpos del mundo criados y por criar, así por tener más excelente naturaleza, como por ser capaces de recibir gracia y gloria, y de poseer al mismo Dios que las crió. Y para que este valor a todos fuese manifiesto, salió el Verbo de Dios del escondido seno de su Padre, y tomando carne, padeció y murió en ella por la salud de las ánimas. Y pues sois, señoras, cristianas, por la misericordia de Dios, sentid de las cosas conforme al sentido de Jesucristo; estimad en mucho lo que Él estimó, pues que castigó su vida y su honra por el provecho de ellas, y le fueron enclavados los pies y las manos en su cruz. No os parezca a vosotras pesado enclavar vuestros apetitos con el amor de aqueste Señor, procurando el bien de las ánimas muy amadas de Él. Y este cuidado de no dañar ánimas, antes de las aprovechar, deseo ver puesto en vuestros corazones, y que de ellos saliesen las obras de vuestros honestos atavíos que los testificasen, porque seáis del bando de nuestro Señor, el cual dice (*Mt.*, 12): *El que no es conmigo, contra Mí es; y quien no coge conmigo, derrama.*

### 11.--*¡Ay de la oveja que hace cocos al lobo!*

Y no sólo debéis hacer esto por la caridad de los prójimos, mas también por la prudencia que debéis tener en lo que toca a vosotras mismas; la cual os enseñará, así por razón como por experiencia de muchas mujeres de muchas maneras, que les fuera mejor haber tenido rostros muy feos y atavíos muy pobres, que no, por haber tenido hermosura con atavío, haber provocado ojos de hombres para que las miren, y de allí a poco haber sucedido la perdición de ellas

y muerte de muchos, y destruimiento de pueblos y aun de reinos enteros, como acaeció a la desdichada Helena, por ser codiciada de Paris.

Yo no entiendo, señoras, cómo no advertís a esta verdad tan manifiesta; que anda más segura una oveja paciendo sencillamente su hierba, sin que los lobos anden por allí, que no que la cerquen y que la acometan, y sea como milagro escaparse de la conquista de ellos; y que con todo esto sea tan vana e imprudente, que esté haciendo cocos (12) a los lobos para que arremetan a ella. Señoras, ¿para qué? ¿para qué incitar a los hombres a que os miren? ¿Qué ganancia podéis sacar desto, que sea igual con los daños que de esto os pueden venir; pues están muy cercanos y muy a la mano?

Entended, por amor de Dios, que si nuestro Señor os ha dado hermosura en el rostro, que antes habéis de temerla que alegraros con ella, porque es cosa que ha menester mucho seso para regirla, sin que dañe a su dueño y a los otros; y no hay pequeña guerra entre la hermosura y la cordura, ni entre ella y la castidad (13). Y vivid con tanto recato, como quien trae fuego en las manos, o quema su roza en tiempo de grandes vientos, que ha de estar mirando y temblando no pase el fuego la raya, y queme las heredades de sus vecinos; o como los que traen la ballista armada, que la enderezan hacia lo alto, porque como el soltar es cosa fácil, podría matar algún hombre.

Temed, temed, señoras, la hermosura del cuerpo, y gemid a nuestro Señor temiendo no se os haya dado para vuestro mal y en castigo de vuestros pecados. Y como las mujeres vanas procuran de acrecentarla, y manifestarla a los ojos de muchos, aguzando la espada para que con filos más agudos penetre, así vosotras procurad que esta espada no corte tanto, y en cuanto buenamente pudiéredes, esconded de los ojos de los hombres. Y entended que la hermosura que Dios os dió fué para probaros en ella si amáis tanto vuestra vanidad, que por cumplir con ella ponéis en público vuestra hermosura, teniendo en poco el ajeno peligro y el vuestro, o si por hacer servicio al Se-

(12) *Haciendo cocos*: haciendo gestos y ademanes para halagar.

(13) Véase AUDI FILIA, c. 103.

ñor que os la dió, os priváis de aquel pasatiempo, y por no le ofender ni que otros le ofendan, os escondéis en cuanto buenamente podéis, no haciendo guerra al Señor con las armas que El os dió, antes servicio.

Y aunque este cuidado debe traer la mujer a quien Dios hizo hermosa, y debe temer los peligros ya dichos, mucho más la que no se contenta con la mediánia que Dios la dió, sino con artes gasta mucho cuidado [en] procurar alcanzar una cosa, la cual debía agradecer porque no se la dieron, y debería tener en poco si se la dieran, y aun rogar de buena gana con ella a sus vecinas. ¿Qué desatino es aquéste, procurar un vano aplacimientto a los ojos de los hombres, con peligro de ánimas ajenas y propia? Estas son con mucha razón reprendidas, y culpadas de los males que por su hermosura y curiosidad de atavíos vienen a otros y a ellas, pues con sus propias manos toman el peligro, y cometen una culpa, de la cual suceden otras culpas y daños. Y ruego yo a Dios que nos libre de todo pecado, aunque sea venial; y muy más particularmente de aquel que, aunque es *en sí* venial, se sigue de él que otras personas cometan pecados mortales.

### 12.—*Lo hago por amor del marido.*

Ni se engañe nadie, diciendo: «Hago estas cosas para hallar marido, que por aficionarse a mí, se case conmigo.» Porque muy más se aficionará un hombre —si es cuerdo—por oír de vos que sois tan encerrada, que aun las vecinas no saben decir si sois fea o hermosa, que no por veros andar en lo público y acá y acullá convidando a que os miren con mucha aparencia de vanidad; y pensará que también seréis callejera después de casada, como sois antes; y arrepentirse ha —y caberos ha a vos parte de su desabrimento—de haber elegido mujer por hermosura, más que por la virtud.

Y si sois casada, y decís que por agradar a vuestro marido tomáis estos trabajos y peligros de atavío curioso, posible es que sea ello ansí; y si vuestro marido tiene de ello necesidad, bien hecho es; aunque tengo mucho temor, no se mezcle con la necesidad del marido la vanidad de vuestro corazón, a la cual naturalmente sois inclinadas.

Y algunas dicen que aunque los maridos no tengan esta necesidad, son amigos de que anden sus mujeres muy ataviadas, y que se lo mandan expresamente. A lo cual, señoras, os digo, que yo no creo tal mandamiento; o que no es hombre cuerdo el que lo manda. Porque lo que yo veo es, que cada uno quiere guardar bien su hacienda y dinero, y no se contenta con echar una llave, sino dos o tres, cuando teme peligro. Y quien pone tan buen recaudo en guardar el dinero, no es de creer que lo ponga malo en guardar su mujer. Y es cosa cierta que mientras más ataviada, más codiciada ha de ser; y que es dificultoso guardar lo que muchos codician. Por ventura os manda esto, porque entiende que vos lo deseáis, y que le daréis mucho desabrimiento si no os lo concede, y quiere evitarlo a trueco de esotro.

Mas va que sea verdad que ellos lo manden por su voluntad propia, ¿por qué la buena mujer no procura de poner a su marido en razón, y quitarlo de aque-se engañó? Sois presta en contradecirle en otras cosas que os dice, ¿y para esta que es dañosa sois muda? Yo pienso que si aquel cuidado, rodeos, quejas, desabrimientos y aun lágrimas, que ponen las mujeres vanas para alcanzar de sus maridos aquestas curiosidades—aunque ellos como cuerdos no las hayan gana—, pusiesen las mujeres buenas en alcanzar de ellos que no se lo mandasen traer, saldrían en esto con la suya, y vencerían a sus maridos con la razón, pues las otras con importunidades los traen a la sinrazón.

Y con todo esto, no sé cómo podamos creer que vuestro atavío es por contentar a vuestros maridos, y no a los extraños; pues que por experiencia se ve que donde ellos más os ven y os tratan, allí andáis menos ataviadas, y todo el atavío se guarda para cuando os tienen de mirar ojos extraños.

Negocio es éste de muchas marañas, y en el cual, por la mucha inclinación que, señoras, tenéis, os debéis sospechar a vosotras mismas, y no creer a vuestro corazón; y huyendo de vosotras y renunciando vuestro parecer y vuestro contentamiento, debéis aconsejaros con personas sabias y temerosas de Dios, que conozcan su santa voluntad, que os declaren cuál atavío llega a pecado mortal, cuál a venial, y cuál el que conviene a mujer cristiana; la cual, como dice el

Apóstol San Pablo (*Tit.*, 2), *profesa el servicio de Dios con ejercicio de buenas obras.*

### 13.—Daños del lujo

Y quien no se quisiere engañar en este negocio, no tenga cuenta tan solamente en los atavíos y gastos de cosas profanas, mirándolos a ellos por sí; mas considere los muchos males que de aquellos proceden, pues ponen a los hombres en tan grandes necesidades, que para las remediar hacen no pocos pecados mortales.

De aquí viene el no osar muchos hombres casarse; y los padres dejar de casar a sus hijas, y estar necesitados a dejarlas después de muertos en grandes peligros de su castidad, o viviendo, meterlas por fuerza en los monesterios con grande ofensa de Dios.

De aquí también viene padecer los hombres pobres necesidad, y aun perder la castidad muchas mujeres; y lo que peor de todo es, renegar de la fe muchos cristianos en tierra de moros.

Porque si se ha de cumplir con atavíos profanos de las personas, de sus camas, tapicerías, criados y casas, no sobra nada para remediar males de prójimos. Y el estar estos gastos en pie, es causa que también lo estén los males ya dichos, y otros que se pueden decir, y no todos; porque, a modo de decir. antes se podrán contar las arenas que hay en la mar, que los males que de aqueste mal, que parece liviano, proceden. Mas si, según doctrina del Evangelio (*Mt.*, 12, 33) *por los frutos se conoce el árbol*, todo cristiano debe maldecir y aborrecer, y por su parte destruir este árbol de excesivo atavío, aunque tenga apariencia muy fresca y hermosa, pues tantos daños para los hombres y tantas ofensas contra nuestro Señor de él proceden, como frutos perniciosos y pestilenciales.

Dicho os hemos, señoras, a algunas de vosotras que los habréis menester, cómo habéis de celebrar mañana la fiesta, no con vanidad de corazón ni precioso atavío, sino con devoción interior y atavío cristiano, si no queréis dar enojo al Señor, y ser castigadas por la Justicia divina. Plega a su misericordia os dé lumbre para lo entender, y gracia para bien lo cumplir

## TRATADO 13

### *Segunda parte.*

A LOS MANCEBOS.—A TODOS.

#### 1.—*¡Miráis la Hostia con ojos lascivos!*

Tiempo es ya que demos doctrina a algunos mancebos que también irán mañana en la procesión, y Dios sabe cómo; aunque a la verdad, hay algunos que, yendo en ella, dan tales muestras, que aun a los que saben poco es cosa clara cuán lejos van en su corazón de aquel Señor a quien con el cuerpo van muy cercanos.

Mucha razón sería, señores, que si la mujer, como cosa inclinada a lozanía y a parecer bien, quisiese mañana ir cual no debe, y hacer plato de su faz a los vanos que la quisiesen mirar, que el hombre, como más perfecto en el entendimiento y virtud, no se fuese tras aquella vanidad; mas con el mirarla, la reprendiese, y diese ocasión a la mujer vana para tornar sobre sí, viendo que le salían en vano sus trabajos, pues ni le compraban sus mercaderías, ni aun la querían mirar con los ojos. Así se había de hacer, cierto, para celebrar al Señor fiesta agradable, yendo los hombres modestos y con profunda reverencia del celestial Rey que allí va, y que fuese tanta, que confundiese a las mujeres vanas, y las provocase a lo que es razón.

Mas si esto así se hace, vedlo vosotros, señores. ¿Con qué ojos miráis al Señor? Sábelo Dios y vosotros.

¡Oh gran dolor!, que no sólo os vais tras la vanidad de las mujeres vanas, pero aun las sobrepujáis; porque si ellas miran al Señor con ojos que salen de corazón vano, vosotros lo miráis con vista que sale de corazón malo.

¡Oh Señor, y quién hará creer a aquesta gente, que no todos ojos son para miraros a Vos, y que como es menester aparejo para bien recibirlos, conviene que la vista con que habéis de ser visto, salga de corazón que tenga limpieza! Vos dijisteis (*Mt.*, 5, 8): *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios en el cielo.* Y los ojos del cuerpo que para darle contentamiento a Él, en la tierra le han de mirar, de este limpio corazón han de salir.

Leed a San Dionisio y veréis que en el principio de la Iglesia, cuando habían dicho en el Oficio de la Misa la Epístola y Evangelio, y quería (1) el sacerdote comenzar el Prefacio, echaban fuera de la iglesia a tres maneras de personas. Unos, los que eran atormentados de los demonios, que llamaban *energúmenos*; otros, *catecúmenos*, porque estaban aprendiendo la doctrina cristiana para ser bautizados, la cual se enseñaba con más espacio y tiempo que ahora; y otros eran los cristianos bautizados *que hacían penitencia* en la iglesia por algún pecado mortal que hubiesen hecho, y que no la habían acabado. A todos éstos echaban fuera, como a indignos de estar presentes a la consagración del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y de mirarlo cuando el sacerdote lo alzase; y solamente quedaban en la iglesia, con licencia de poder mirar al Señor, aquellos que estaban dispuestos para comulgar.

Entonces se sentía bien la reverencia que se debe tener en mirar a este Señor que allí está encerrado, y que quiere ser mirado con *ojos* limpios, como *de paloma* (*Cant.*, 1, 14), que son los que (4, 9) *con su vista le hieren* de amor.

Y por aquello que entonces pasaba, podremos entender el gran desacato que ahora se le hace en mirarlo con ojos irreverentes, sucios y desacatados; y por cierto, no con corazón dispuesto para comulgar, como entonces se hacía; y—para decir la verdad—, ni aun dispuestos para confesar, ni aun para estar en la iglesia.

¡Oh grande confusión! ¡Oh cosa para que todos lloren, y para que las personas a quien toca la lloren y teman!; que no siendo entonces lícito mirar al Señor el cristiano que hacía penitencia de su pecado, aunque estuviese arrepentido de él, hasta que

(1) *Quería comenzar*: iba a comenzar.

del todo la hubiese acabado y satisfecho a Dios nuestro Señor por la ofensa contra Él cometida, y con esta penitencia y buenas obras estuviese dispuesto para comulgar; que pasen las cosas ahora tan al revés, que miren al Señor muchas personas desvergonzadamente, aunque hayan cometido no uno, mas muchos pecados mortales, no sólo sin haber acabado de hacer penitencia por ellos, mas—lo que peor es—sin haberla comenzado a hacer; y—lo que muy peor es—sin haberse arrepentido del pecado ni aun tener intención de hacer penitencia.

Pues si esta desvergüenza es tan calificada, que aun faltan palabras para declarar los grados de su malicia, ¿en qué lugar pondremos, cómo llamaremos al desacato de mañana, si en presencia del mismo Señor Dios nuestro vaya gente que, alzando los ojos a las ventanas, y mirando curiosamente la faz de las vanas mujeres, con aquellos mismos ojos que cebaron y *encarnaron* (2) en la criatura deshonestamente, se atreven a mirar al honestísimo Señor Jesucristo, Dios y Hombre, que allí va encerrado? Y si tras el mirar a la faz de la mujer se sigue codiciarla para mal con dañado consentimiento, esta ánima, ¿qué tales ojos tendrá? Este tal hombre ¿con qué mirará al Señor?

¿Acordáisos de los ojos con que miraban al Señor los que le iban a crucificar? (3); cuya vista era tan cruel y terrible que ponía espanto, y daba testimonio de la rabia y odio que en sus corazones tenían, no se hartando de todos los tormentos que pasaba el Señor, sino creciéndoles el maldito fuego del deseo de la venganza con los tormentos que el Señor padecía, como el fuego con echarle leña. ¡Malditos y *terribles ojos* eran aquéllos!

Y dirás tú: «No son los míos así.»

¡Oh dolor!, que aunque tus ojos parecen blandos, con que miras a las mujeres vanas, y las codicias con vista requebrada y halagüeña, si cotejas la pena que

---

(2) *Encarnaron*. La fuerza de esta palabra se entiende por estas otras: «Cuando amas el dinero está tu alma *endinerada*, y cuando amas a la mala mujer está *enmujerada*. *encarnizada*.» (Tratado 3.º, n. 3.)

(3) El oficio divino (feria VI *in Parasceve*) en el Responsorio que sigue a la Lección I habla de los *ojos terribles* de los verdugos de Cristo.

al Señor dieron tus pecados—y se la darían ahora, si Él la pudiese recibir—, con la pena que le daba el ser mirado con los ojos crueles de los que le querían mal, no tiene comparación la pena que le daba nuestra culpa con la que le daban las bofetadas, las espinas, los clavos y todo lo que padeció en su muerte. Porque por quitar nuestros pecados y la pena que le daban, se ofreció a tan dura pasión, como quien elige el menor trabajo por evitar el mayor.

Pues si el Señor fué tan cruel contra Sí, por ser a ti piadoso, y todo lo que hizo y sufrió daba testimonio del inmenso amor que en su Corazón tenía, ¿por qué tú quieres imitar a aquellos que declaraban en los ojos la malquerencia que le tenían en el corazón, mirando mañana de tal manera, que tus ojos dicen que arde en tu corazón el fuego de la mala concupiscencia, vedada por Dios, y más desabrida para Él que su sagrada muerte y Pasión? Cierto, era mucha razón que te despedazaran todo tu cuerpo a tormentos miembro por miembro, porque (4) en día de tal fiesta, y en tal lugar, y en la presencia misma de nuestro Señor, hicieras a Dios una ofensa. Era cosa muy debida que antes murieras dos mil muertes—pues Él murió por ti una que vale más que cien mil—, que no ofenderle como le ofendes. ¡Y cuánto más es tu culpa mayor en ofenderle, sin ponerte nadie el cuchillo a la garganta, sin darte tormento ninguno, y tan sin por qué, que con mucha razón se puede este Señor quejar mañana de ti y decirte (*Jn.*, 15, 24): *¡Sin causa ninguna me quisieron mal!*

Caín sacó al campo con apariencia de paz a Abel, su hermano, y le mató a traición (*Gen.*, 4, 8). Joab mató a Abner con palabras de paz (2 *Reg.*, 4, 27). Y Dios nuestro Señor dijo a Judas (*Lc.*, 22, 48): *Judas, ¿con un beso entregas a la muerte al Hijo de la Virgen?* Y así podrá el Señor decirte mañana: «Cristiano, ¿con vista blanda y señas de amor me vas ofendiendo, y te pierdes tú, perdiendo mi gracia, y me quitas a Mí la vida, que Yo tenía en tu ánima? Eras primero parte de mi Cuerpo místico; háceste. por este deshonesto deseo, *miembro de la mala mujer* (1 *Cor.*, 6, 15) y de Satanás. ¿Por qué haces que mi muerte salga en balde, pues la pasé por traspas-

(4) *Porque*; el sentido es: «debías dejarte despedazar antes que ofender a Cristo en su presencia».

sarte del poderío de las tinieblas al Reino de mi claridad? *¿Qué te he hecho? ¿En qué te he sido molesto? (Mich., 6, 3).* ¿Por qué tan desacatadamente me tratas, tan cruelmente me lastimas, y me das males por bienes?»

¡Oh Señor mío y Dios mío, cuán justa es vuestra queja! ¡Cuán grande nuestra culpa! ¡Cuán recio será el castigo del hombre que no quiso imitar a los once Apóstoles que acompañaban a nuestro Señor Jesucristo con corazón sencillo, casto y devoto, cual lo llevarán mañana muchos en la procesión, y quiso ser compañero de Judas, que acompañando al Señor con el cuerpo, tenía de Él muy lejos su corazón, y de otros muchos que tienen paz en la boca y muchas maldades en el corazón! Y finalmente, quiso ser compañero de los que llevaban al Señor a crucificar, y aun de los mismos demonios, cuyo intento principal es que sea Dios ofendido, y que en las fiestas diputadas para mayor servicio suyo, allí se le hagan mayores ofensas.

Los cielos y la tierra y cuanto Dios nuestro Señor ha criado, serán en el día del terrible y espantable juicio testigos de esta maldad, y dirán a voces que justamente merece ser prohibido de (5) la vista de Dios en el cielo quien con tanto desacato miró y codició lo que no debía en la tierra, matando su ánima por el pecado, y la vida que el Señor tenía en el corazón de él.

## 2.—*¡Sacrificáis almas en presencia de Cristo!*

¡Oh, cuán mal celebramos esta solemnísima procesión de esta Arca divina! ¡Cuán al revés le hacemos la honra, de la que le fué hecha por el real Profeta David y el rey Salomón su hijo, en las procesiones que con ella hicieron! El uno de los cuales hizo esta honra, que *de seis en seis pasos* (2 Reg., 6, 13) que andaba el Arca de Dios nuestro Señor, mataban delante de ella muchos animales, ofreciéndolos en sacrificio y olor de suavidad al Señor; y en la procesión que el rey Salomón hizo con ella, crecióle la honra, y como era más rico, mandó matar delante

---

(5) *Prohibido de:* excluído de, privado de.

de ella *de bueyes veinte mil y tantos* (2 Par., 7, 5; 5, 6) *y de otros animales, que era cosa sin cuento.*

Aquel sacrificio de animales mudos, aunque por sí mismo no era agradable a nuestro Señor Dios, mas éralo por la devoción y fe con que se hacía; y porque representaba la Pasión del Señor; y porque Él mandó que le fuese ofrecido, y recibía contento en que su santa voluntad fuese cumplida y obedecida, y galardónaba a los que aquellas obras hacían.

Mas decidme, cristianos, por caridad, ¿habéis oído decir que mandase el Señor que le matasen hombres delante de su Arca?

Diréis: «No, por cierto; porque al amador de los hombres y dador de la vida de ellos no le son agradables los matadores de hombres. Porque escrito está (Ps., 5, 7): *Al varón de sangres y engañoso, el Señor lo aborrecerá.*»

Mas ya que eso no habéis oído, ¿por ventura sabéis si ha mandado que le maten ánimas delante su Arca?

Diréis que eso muy menos, y que cuan lejos está la alteza del cielo de la profundidad del infierno, tanto, y muy más, está del corazón del Señor querer muerte de ánimas, que se causa por el pecado. Nunca tal hemos oído, mas esto sí, que el Arca de Dios, Jesucristo nuestro Señor, murió en la cruz delante de mucha gente, porque las ánimas no muriesen en el acatamiento de Dios. ¿Cómo ha de mandar o se ha de holgar que le maten las ánimas en su presencia, pues es padre de ellas, criador y redentor y glorificador?

Y cuando la Escritura quiere dar a entender cuánto desagrada a los ojos de Dios *ofrecerle sacrificio de la hacienda que roban al pobre*, no halla otra cosa más fea con que la comparar, que con *sacrificar un hijo delante de su padre* (Eccl., 34, 24). Cosa ajena es ésa de nuestro Señor, y muy propio del demonio y de sus servidores que adoran ídolos; los cuales matan o ven matar delante de sí a sus propios hijos, y sacándolos los corazones, y así ensangrentados, untan con ellos los bezos (6) del ídolo; de lo cual el demonio que en ellos mora, recibe gran contentamiento, de ver que tal crueldad hagan los hombres para honra de él y mal de ellos, como quien los abo-

(6) *Bezo*: labio.

rece de corazón, y les desea todo mal que les pueda venir. Eso hemos oído (7); mas de nuestro Señor en ninguna manera, mas todo lo contrario de aquesto.

Pues tened por cierto, que quanto esta verdad es más cierta, y el Señor más amador de las ánimas, y que no sólo no ha mandado que se las maten, mas halo vedado, tanto vuestra culpa es mayor, y nuestro dolor es más justo.

¡Oh benditísimo Señor! ¿Vos no sois nuestro Padre que nos criasteis con el poder de vuestra Divinidad, y nos redimisteis con vuestras humanas flaquezas; y también sois nuestra Madre, que con grandes gemidos nos paristeis en la cruz; y fueron tan grandes los dolores de vuestro parir, que porque nosotros quedásemos vivos, quedasteis Vos muerto? Pues siendo Vos nuestro Padre y Madre, ¿quién tiene corazón tan cruel para matar a vuestros hijos? ¿Quién, Señor, os ha hecho a Vos, o quiere hacer, semejable al demonio y su ídolo, pensando que recibís Vos alegría en fiestas donde la mujer vana, con el fuego que resulta de su acicalada cara, penetra el corazón del mancebo descuidado, y le saca de seso, y por mal consentimiento muere su ánima, y ofrece su corazón al demonio, quejándoos Vos mucho, mi Dios y mi Señor, por Isaías (40, 18; 46, 5), diciendo: *Di, ¿a quién me hiciste semejable? ¿con quién me igualaste y comparaste?* Quien, Señor, piensa que tal cosa os agrada, muy mal siente de Vos; ciertamente es hereje, pues contradice a la fe, la cual nos enseña que el malo y la maldad son aborrecibles a Dios. Y si creen que los pecados y muerte de ánimas os dan tanto enojo, y mucho mayor que darían a un padre matándole a su hijo delante sus ojos, díganmelo los que tan mal celebran vuestra procesión: ¿por qué a sabiendas, y en el día de vuestra alegría hacen cosa con que tanto os enojan y ofenden?

Cristiano, ¿por qué, celebrando el fruto de la Pasión de nuestro redentor Jesucristo, que es remisión de pecados, vuelves esta fiesta tan al revés, que haces cosas contrarias a ella, que son los pecados?

Mas, ¿quién contará cuántos son? ¡Oh válame Dios! Si cuantos malos deseos de hombres a muje-

---

(7) El autor alude tal vez a los sacrificios humanos que ofrecían a sus ídolos los indios de Nueva España y de otras regiones de América.

res y de mujeres a hombres se cometen en la procesión, mediante el mirarse; si cuantas rencillas y malquerencias, por llevar el más honrado lugar, o por otras ocasiones livianas que suelen acaecer en aquestas juntas; si cuantas dejarán de oír Misa mañana, pudiéndola oír, con otras muchas desobediencias que se cometerán contra los mandamientos de Dios nuestro Señor y de la Iglesia, tantos pecados mortales serán los que mañana se hacen, miedo me tengo que morirán ánimas delante la presencia de aquesta Arca divina, más a menudo que *de seis en seis pasos*, que era el término en el cual mataban animales en la procesión del Arca pasada; y mucho temo que son tantas, que no tienen cuento, como los animales que mataron delante el Arca en tiempo del rey Salomón.

### 3.—¡Oh día del *Corpus Christi*!

¡Oh día del *Corpus Christi*, instituído para honra de Dios nuestro Señor, y para espiritual alegría y aprovechamiento de los fieles! ¡Quién te ha vuelto tan al revés, que te ha hecho día de muerte de ánimas, de guerra cruel contra ellas, que de muertas o heridas no hay cuento! Hizote nuestro Señor Dios convite para darte espiritual vida con ese pan que vino del cielo, y haste tornado banquete de ponzoña con que las ánimas mueren. Y lo que fué ordenado para alegrar a los ángeles y para tristeza de los demonios, has tornado tan al contrario, que se regocijan los enemigos con la mucha ganancia de ánimas, y los ángeles, y el Señor de los ángeles que allí va acompañado de ellos, llorarían si pudiesen llorar, porque se pierden las ánimas que con el precio de su preciosísima sangre Él compró.

¡Oh fiestas, tan falsamente dichas fiestas para los que de esta manera las celebran, y que con más justa razón serían llamadas para ellos días de muerte, pues que con miserable descuido mueren en ellas, y muerte de ánima!

¡Desdicha grande de tiempos, tan faltos de temor de Dios y amor de virtud, que no hay junta de hombres, sin que haya contenciones (8), rencillas, mal-

(8) *Contenciones*: contiendas.

querencias, y algunas veces llegan a muerte; y cuando se juntan mujeres y hombres, se han de hacer o codiciar tales cosas, que salga el diablo con mucha ganancia, y Jesucristo nuestro Señor con mucha pérdida, sin que se tenga respeto a santidad de fiesta, ni a la Iglesia, ni a la misma presencia de Dios!

Dadme, Señor mío, licencia para que os pregunte: ¿Quién os metió entre tal gente, que tan mal os sabe servir, y tan desacatadamente os trata, y atrevidamente os ofende? Señor, mirando el amoroso Corazón con que Vos vais en la procesión, deseando el bien de todos, y holgándoos de haber muerto por ellos, y determinado de—si menester fuera—pasar otra vez por ellos lo que primero padecisteis; y por otra parte, mirando el corazón de éstos, con que os van acompañando, tan irreverentemente desagradecidos, despreciadores de vuestros mandamientos, y que tienen en más el pecado que a Vos; si no fuese porque Vos sabéis todas las cosas, yo os diría que vais engañado entre aquesta gente, y vendido como de Judas, y que debajo de alegrías y reverencias exteriores, os dan bofetadas, y os ponen espinas, y os hieren con caña, como lo hicieron los soldados en casa de Pilato, y os dan a beber hiel y vinagre, como en el monte Calvario. Allí, Señor, la malquerencia y deshonra era en descubierto; no os creían, no os amaban; así, concordaban las obras de fuera con lo de dentro del corazón. Mas creer, Señor, que Vos vais allí, y que sois Dios y hombre, y no hacer caso de vuestra presencia, ni darse nada por ofenderos, y llevando corazones vacíos de vuestro amor verdadero, y llenos de desobediencia, ir con Vos en lo de fuera y cantaros y acompañaros y bailar delante de Vos, matando sus propias ánimas, renovando vuestra pasión, espantable cosa es de oír, lastimera de ver, y que con muy justa causa debe causar amargo sentimiento en el corazón de quien bien os quiere.

Plega a Dios, que haya quien esto sienta y entienda. Porque ya que el Señor, por su infinita misericordia y admirable paciencia, disimula sus injurias, aunque le sean hechas en su propia presencia, y va mañana como en el tiempo de su Pasión, despreciado, hollado y ofendido, y no quejándose, como un manso cordero que no abre la boca, no es razón que seamos nosotros tan desagradecidos y desamora-

dos, que dejemos de sentir su deshonra y llorar sus ofensas.

Cosa digna de consideración es, que yendo el Señor en el día de su Pasión entre tanta gente, a muchos que les había sanado sus enfermedades, alumbrando ciegos, levantando cojos, limpiando leprosos y habiendo hecho diversos bienes a cuerpos y ánimas, que ninguno de aquéllos osasen tornar por Él, ni aun hablar una sola palabra. Y por ventura pasará lo mismo en la procesión de mañana, que no habrá quien torne ni sienta los desacatos de este Señor, como si ninguno hubiese recibido bienes de su larguísima mano, ni halle quien le consuele a la diestra ni a la siniestra (*Ps.*, 141).

¡Oh! qué mala señal ver cumplido en nuestros días lo que dijo el Señor (*Lc.*, 18, 8): *¿Piensas, cuando venga el Hijo de la Virgen, que hallará fe en la tierra?* Veislo aquí por nuestros pecados cumplido. De lo que podréis tomar conjetura que estamos en los días postreros, cercanos al gran juicio de Dios. Porque si de la *fe católica* lo queréis entender (9), ya veis la mucha gente que por diversas herejías en nuestros tiempos ha perdido la fe. Si lo queréis entender de la *fe amorosa* y lealtad obediente que se debe tener con nuestro Señor, mirad cuántas ofensas le son hechas cada día en el mundo, y cuán pocos hay que se pongan a las estorbar, aunque puedan, y que giman sobre las abominaciones que se hacen en Jerusalén (*Jer.*, 1). Y por lo uno y por lo otro entendedéis que no hay lealtad para con Dios en la tierra, como dijo Dios nuestro Señor.

#### 4.—Deber de las autoridades.

Mas no por esto entienda el cristiano que, siendo persona particular, ha de ir a reprender públicamente al que fuere desacatado en la procesión del Señor, movido *por el celo de Dios, y no según ciencia* (*Rom.*, 10, 2). Porque allende de que este oficio no es suyo, hallará por experiencia que antes se empeora el corregido que no que se enmiende. Porque la desvergüenza de nuestros tiempos ha llegado a tanto col-

(9) *Lo queréis entender*; se refiere al dicho de Cristo que no hallará fe en la tierra,

mo de mal, que siendo los hombres sueltos para ofender a Dios, son muy enemigos de ser corregidos. y no quieren entender que la verdad y justa reprehensión, por cualquier boca que sea dicha, es del Espíritu Santo.

Cosa es de temer que si un cura o un sacerdote reprende, aunque sea con mucha razón, a algún hombre—cuanto más si es honrado—, cuán mal recibida es la reprehensión, cuán pagada en decir mal de quien le reprendió, y con darle a entender que ni le tiene en nada ni ha de ser corregido de él.

Mucho temor me da ver aquesto; porque el desprecio de personas eclesiásticas, y el hablar con libertad en sus vidas, fueron los medios para que el perverso Lutero fuese quien fué, y de medios semejantes, fines semejables se deben temer.

Y por esto tiene más obligación un juez secular, o un Obispo, o persona que tenga autoridad para corregir a los tales mañana, cuanto menos mano tienen en ello los que no lo son.

Y cosa digna sería de rey cristiano y celador de la honra de Dios, que para que la fiesta de mañana fuese para hacerle servicio, y no para irritarle con nuevas ofensas, entre los capítulos de buena gobernación que dan a sus Corregidores, fuese uno—y muy principal—que tal día como mañana, ni hubiese curiosidad (10) en atavíos de mujeres, ni deshonesto mirar en los hombres, y proveer que las ventanas no estuviesen echando de sí pestilencia (11) con ponerles algún paño delante o dar otro medio con que las mujeres puedan ver y no ser vistas.

Evítese todo paseo en la fiesta (12); y antes de la fiesta no ande hombre a caballo por las calles que ha de andar el Señor. Y todo, sin faltar nada, se ordene de tal manera que ninguna cosa haya que pueda nublar la santa alegría de aquesta fiesta, ni que pueda descontentar al omnipotente Señor para quien se celebra.

(10) *Curiosidad*: primor, esmero.

(11) *Pestilencia*: así clasifica la liviandad femenil.

(12) *En la fiesta*: durante la procesión.

5.—*Temamos no se vaya Cristo.*

Porque si, en lugar de la *santificación* que nos pide, le damos profanidad, y en lugar de servicios, enojos, teniéndole en poco los unos y disimulando los otros, temor tengo que este Señor, que sabe cuán justamente se le debe honra y servicio, y cuán mal se le paga, aunque ahora va callando como cordero para provocarnos a penitencia y a enmienda con su benignidad, si nosotros tomamos ocasión para más pecar y tenerle en menos por su mucho callar, tornarse ha, cierto, de manso Cordero en bravo León, y dirá lo que muchos días ha que prometió en Isaías (42, 14). *Siempre callé; sufrido he; mas yo hablaré como mujer que tiene dolores de parto.*

¡Oh qué voces dará este Señor, terribles como bramidos de fuerte y airado león, contra aquellos que en el día de su honra le ofenden, y contra los que tienen por oficio de reprender a los tales, y callan!

Oíd el recio bramido del fuerte León de Judá, cuyas palabras son éstas: *Yo quitaré el seto a mi viña, y será robada; yo destruiré su cerca, y será hollada, y la haré que quede desierta* (Is., 5, 6).

¡Válame Dios, oh Señor benditísimo! ¿y podréis Vos con vuestras piadosas entrañas castigar tan recio a los que celebran vuestras fiestas con tantas alegrías y regocijos? ¿Que tendréis Corazón para quitar de vuestro pueblo el muro de vuestro amparo, y enviar infieles que roben y huellen vuestra viña, y quedar marchita sin hoja ni sin fruto? ¿Que podréis acabarlo con Vos?

Responde el Señor por Jeremías, hablando con Jerusalén, y amonestándole que haga penitencia de sus pecados; y que viviendo mal, no confíen en tener entre sí el Arca del Señor en el templo (*Jer.*, 5, 12-14). Porque así como la sacó de la ciudad de Siloé, donde primero estaba, porque no la tenían con el acatamiento debido, y la mandó pasar a Jerusalén para que allí fuese honrada, así les decía, que si la trataban con poca reverencia como en Siloé, que también se la quitaría de en medio de ellos, como de los otros. Y como el Señor lo amenazó, así se cumplió; porque por los pecados de Jerusalén la ciudad fué destruída, y el Arca del Señor quitada de allí, porque no escarmentaron en ajena cabeza.

¡Mas ay dolor! que ni Jerusalén escarmentó en Siloé, ni los cristianos en una ni en otra; y siendo nuestra divina Arca más preciosa, sin comparación, que la otra, y que pide mayor honra, y que perderla nos será más dañoso, hay muchas tierras a las cuales el Señor se la ha quitado en castigo de sus pecados. «Id a Siloé», dice el Señor; «id a Jerusalén», os digo yo ahora, y hallaréis que ni el Arca del Señor está en una ni en otra.

Y si os parecen estos ejemplos ya viejos, y que os mueven poco, porque ha mucho que son pasados, id a Constantinopla, a Rodas y a Grecia; id a muchas ciudades y villas de Alemania (13) donde celebraban esta procesión como nosotros, y preguntad: «¿Hay mañana procesión aquí? ¿Hay música, hay bailes y danzas en honra del Cuerpo de nuestro Señor?» Y veréis que no la hay, ni memoria de ella; porque unos han perdido la fe de aqueste divino Misterio, y aunque puedan, no quieren celebrar esta fiesta, y este castigo es mayor; y otros desean, y no pueden, por estar enseñoreados de infieles, habiéndoles quitado el Señor la posibilidad por su justo juicio, por sus pecados, y porque celebraban mal sus santísimas fiestas.

¡Oh qué recio juicio, Señor, no querer recibir de vuestros cristianos las honras y regocijos que tal día como mañana se os dan, y habéis hecho que la alegría se torne en tristeza, y los cantares en lágrimas! ¿Por qué, Señor benditísimo, habéis echado de vuestro acatamiento vuestra santa festividad, instituída por el Espíritu Santo, y galardonada con muchas indulgencias concedidas por el santo Concilio [de Viena] a los que os honrasen en ellas?

«Engañados estáis—nos responderá el Señor—; yo no desecho mis fiestas, no destruyo mis obras, antes las conservo y las perfecciono; y riego lo que he plantado, y mantengo lo que he criado; y si las manos de los hombres no deshiciesen y tornasen al revés mis obras, que de sí son hermosas y buenas, ni tendría yo por qué castigar, ni vosotros por qué llorar, y mis fiestas serían durables, y vuestros sucesos bienaventurados.

---

(13) El peligro turco y el peligro protestante eran las dos preocupaciones de los españoles en tiempo del MAESTRO AVILA.

»Mas decidme, ¿por qué llamáis fiesta mía al día que, no teniendo cuenta con mi contentamiento, lo empleáis vosotros en comer más, en vestir más, y en ser más derramados y más deshonestos?

»En Isaías (58, 5-7) tengo dicho que no recibo yo por ayuno mío, ni agradable a mí, aunque ande uno afligido con hambre, y tan grande hambre, que de flaqueza no pueda tener su cabeza enhiesta, sin que se le acorbe, y aunque ande vestido de cilicio, y se eche en ceniza, si con hacer estas cosas, que de sí son buenas, en el día de tal ayuno usa de crueldad con sus prójimos y le falta misericordia con ellos. Y desechando yo estas tales fiestas, y no tenerlas por mías, ¿recibiré por fiesta mía el día en que estáis muy hartos, y traéis con liviandad las cabezas muy levantadas, y en lugar del cilicio de la ceniza, traéis preciosos vestidos, hechos con toda la curiosidad que han podido inventar las personas vanas, que carecen de mi temor y tienen cuenta con el contentamiento del mundo?»

*Quando ayunasteis, para vosotros ayunasteis; y cuando comisteis, para vosotros comisteis, y no para Mí,* dice el Señor (Zach., 7, 5-6). Y eso mismo nos dirá ahora si le preguntáremos por qué ha desechado sus fiestas. «Para vosotros bailasteis y cantasteis comisteis y bebisteis, y os ataviasteis y holgasteis, que no para Mí.»

Tiene el Señor mucha razón. Desengañense todos; sepan que, sin puridad de conciencia, sin reverencia al Señor, sin honestidad de dentro y de fuera, ninguna música, ningún regocijo ni honra agrada a sus ojos, antes le da en rostro, y dice: «No recibiré el olor de vuestros sacrificios; quitadme allá la concordancia de música, que no quiero oír los cantares de vuestra vihuela.» Dios espíritu es, y aunque tomó cuerpo, así como lo principal de Él es su divinidad, la cual es espíritu, así el principal servicio que pide, en espíritu ha de ser, porque tales adoradores quiere, como dice en el Evangelio (Jn., 4, 24) *que le adoren en espíritu y en verdad.*

Mas no en espíritu solo, porque Dios [Hombre] no tiene espíritu sólo. Juntemos el servicio corporal de fuera con el espiritual de dentro, y habremos cumplido con lo que nos pide, y será bueno lo uno y lo otro; y entonces le ofreceremos servicio conforme a Él, y le agradarán nuestras festividades, y las lla-

mará tuyas, y las tendrá por tales, y nos defenderá de nuestros enemigos, para que alegres con la paz y señorío (14) cristiano, celebremos hasta el fin del mundo sus santas festividades, y estaremos sin temor de que venga sobre nos el recio castigo de quitarnos el Señor la fe de este divino Sacramento o sus fiestas, como lo ha hecho en otras partes, según hemos dicho.

#### 6.—*Santifícaos para mañana.*

Suene, pues, en nuestras orejas una y muchas veces, y suene más en nuestros corazones esta palabra divina, dicha por boca de Josué: *Santifícaos, que el Señor hará mañana maravillas entre vosotros. Descalcemos nuestros zapatos*—que son el humano sentido y afecciones de carne y de tierra—, porque el Señor, en cuya compañía vamos, y *la tierra* por donde pasa, *santo es* (*Ex.*, 3, 5); y para tratar con Él no basta menos que sentido de fe, que es sobrehumano, y limpieza de ánimo, purificada de las afecciones mundanas con amor celestial.

Y si para oír en el aire, en el monte Sinaí, voces formadas por ministerio de ángeles, manda Dios que *se santifique el pueblo un día y otro, y laven sus vestiduras, y estén aparejados para el día tercero* (*Ex.*, 19, 10, 11), mucha más razón es que nosotros para ir con el Señor en su procesión *nos santifiquemos* cuatro días antes; que quiere decir que estemos limpios de obras de carne, aunque sea entre casados. Porque si para tratar con el Señor *en la oración*, que es trato más de lejos, aconseja San Pablo (1 *Cor.*, 7, 5) que no se junten los casados en uno, porque el lodo y la bajeza de la carne no impida la elevación del ánimo que se requiere para orar al Señor, ¿cuánto más será cosa conveniente esta limpieza para acompañar y tratar a este limpiísimo Señor y amador de la limpieza?

A aquéllos fué mandado que lavasen *sus vestiduras*; lavemos nosotros las manchas de nuestras ánimas con amargas lágrimas de contrición, por humilde y verdadera confesión y condigna satisfacción, entendiendo en esto y en otras buenas obras los cua-

(14) *Señorío*: dominio, gobierno, estado.

tro días que hay desde el domingo pasado hasta el fin de hoy, como el santo Concilio [de Viena] (15) nos lo amonesta, para que así aparejados, purificados y ataviados, ocurramos, no a Angel que nos ha de hablar, sino al Señor de los Angeles que nos ha de llevar en su compañía.

Y si para ver las maravillas de Dios en el río Jordán, mandó Dios que *se santificase* su pueblo, por lo cual se entiendo la limpieza de carne, la elevación del ánimo en Dios, el orar y velar aquella noche para dignamente ver el paso del Arca, que hizo secar el río Jordán, ¿con cuánta más razón debemos nosotros hacer esto, para ver mañana en la procesión [a] este Señor que con su tránsito, que fué su muerte, secó el torrente de nuestros pecados, e hizo que nuestros corazones, que en sí mismos van hacia abajo como agua de río, se tornen hacia atrás, y despreciando lo del suelo, amen a Dios y busquen los bienes eternos?

Esta noche santa es, no es de dormir, o [es] de poco dormir, mas de oraciones devotas, estando deseando la venida de la mañana para gozar de la buena vista de aqueste Señor que quiere pasear nuestras calles.

#### 7.—*Reverencia en la procesión.*

Mas habéis de estar avisados—que va mucho en ello—que aunque os parezca que habéis hecho lo que según vuestra flaqueza sois obligados para os aparejar a ir en la procesión y compañía de este Señor, no por eso os ensoberbeczáis, y vayáis con poca reverencia en la procesión. Porque aunque los que pasaron el río Jordán iban *santificados*, como Dios lo mandó, mas no por eso les fué dada licencia para que fuesen cerca del Arca, sino lejos; y no como quiera, pues mandó Dios que su Arca fuese delante, y el pueblo la siguiese sin llegar a ella, *por espacio de dos mil codos enteros* (Jos., 3, 4). En lo cual veréis la grandísima dignación de Dios con su pueblo cristiano, que mandando que los de aquel pueblo pasado

---

(15) Viena de Francia. El Concilio se celebró en el pontificado de Clemente V, años 1311-1312. (Véase Tratados 2 y 18.)

fuesen tan lejos del Arca como os he dicho, nos da licencia a nosotros, que vayamos en una calle juntos con Él, y algunos tan cerca, que no hay entre ellos cinco pasos enteros.

¿Qué novedad es ésta, Señor? Allí: «Apartaos de mi Arca tan lejos.» Aquí: «Allegaos a Mí, y muy cerca.» Ciertamente, es hacernos mayores mercedes, y por consiguiente, obligarnos a mayores servicios; y advertirnos que no es razón que, por ser el Señor más humilde con nosotros sus siervos, le tengamos nosotros en menos a Él; y que su inefable llaneza de conversación no cause en nosotros desprecio, sino mayor reverencia. *Hermanos, santificad a Cristo*—dice San Pedro (1 *Petr.*, 3, 15)—; y esto sea—dice Isaías (8, 13)—, según hemos dicho, *temiendo y temblando* de tu grande indignidad, para ir con un Señor del cual *tiemblan los poderes del cielo, y las estrellas no son limpias en su acatamiento divino* (Job, 25, 5).

¿Qué harás, cristiano, mañana en la presencia de tan alto Señor? ¿Cómo has de cumplir con su benignidad, que te convida a ir cerca de Él, y con tu amor que lo desea? ¿Y cómo cumplirás con la reverencia que se le debe, que justamente te obliga a ir lejos de Él?

En grande aprieto estuvo San Pedro cuando se vió en una nao con el Señor, por haberle visto hacer el milagro de que, echando la red en *la palabra* de Dios, se pescaron muchos peces, donde no los había primero; y teniéndose por indigno de estar en la compañía de Él, dijo con profundidad humildad (*Lc.*, 5, 8): *Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador.*

Siente tú lo mismo mañana; espántate y di: «Señor, ¡que vamos juntos vuestra Alteza infinita, y el abismo de mi poquedad! Señor, ¿qué merced no merecida ni vista es aquésta? Yo os confieso, que no sólo merezco estar lejos de Vos los *dos mil codos* que antes mandábades, más dos mil leguas y doscientos mil; porque vuestro lugar es el cielo, por ser nuestro por muy justos títulos, y el mío es el infierno, que yo justamente merezco por mis pecados.

¿Quién juntó en uno tanta alteza con tanta bajeza, al Criador con la criatura, luz con tinieblas, verdad con mentira, y finalmente, una Bondad infinita, con un abismo de nada y de maldad?»

Abaja, hermano, tus ojos, y di: «Señor, sed manso conmigo, dadme gracia para que sepa conocer y

agradecer esta merced, no atribuyéndola a mí, sino a Vos, cuya es la gloria.»

### 8.—*Mirando la sagrada Hostia.*

Después de te haber humillado, y abajado tus ojos con el publicano arrepentido (*Lc.*, 18, 13) toma confianza cristiana para los alzar al Señor, y dile con muy firme fe: «Yo creo, Señor, que *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*», como dijo San Pedro (*Mt.*, 16, 16); y dile con todas tus entrañas: «Gracias te hago, Señor, porque derramaste tu Sangre, y perdiste tu vida por mí.

»También, Señor, te bendigo, y particularmente te agradezco, que por tu gran caridad te quisiste quedar con nosotros en manjar para vida, y en defensa de nuestros peligros, y en remedio cumplido de todas nuestras necesidades. Dadnos a todos gracia, Señor, que correspondamos con los servicios debidos a tan grandes mercedes.

»Da lumbre de fe a los infieles para que conozcan a Ti, Criador y Bienhechor suyo.

»Enciende tu amor en nosotros; haznos de *un ánimo* y de *un corazón* (*Act.*, 4, 32); haznos humildes; danos tu paz, y destierra de nos todo pecado; y haz que todos te sirvan y ninguno te ofenda; y recibe en tu amparo y servicio mi cuerpo y mi ánimo y todas mis cosas, que a tu grande bondad encomiendo y ofrezco en perpetuo sacrificio, para que, desde ahora para siempre jamás, se haga en mí y en ellas tu santo contentamiento, para perpetua honra de tu Majestad infinita.»

Y dicho esto, torna a abajar tus ojos con humildad y dile: «Señor, el Patriarca Abraham se hallaba indigno de hablar con un ángel, y se tenía por *polvo y ceniza* (*Gen.*, 18, 27) en su acatamiento. El santo Moisés *abajaba su faz, y no osaba mirar hacia la zarza* (*Ex.*, 3, 6), en la cual estaba un ángel que representaba al Señor. Yo soy más indigno que aquellos; Vos sois criador y Señor de los ángeles; ¿cómo me atrevo a hablar con Vos, y a miraros, no mereciendo que la tierra me sufra? Suplícoos, Señor, que Vos, que sois Autor de esta merced, me enseñéis cómo tengo de usar de ella, y que templéis mi corazón y

mis ojos, para que ni el amor me haga atrevido, ni mi indignidad pusilánime.»

Y acuérdate, cristiano, que las aguas del mar Bermejo dice David que miraron al Señor (*Ps.*, 76, 17): *Miráronlo, y temiéronle, y fueron conturbados sus abismos*; y procura tú que, si las aguas insensibles del mar Bermejo, por el respeto que tuvieron a Dios como a su criador, se atemorizaron en su modo, y lo más profundo de ellas se movió de su lugar, e hizo camino enjuto y sólido para que el pueblo de Dios pasase, obedeciendo en esto a la voluntad del Señor, tú que eres hombre y cristiano, mirando al Señor, no sufras que tu corazón se quede en su propio lugar, mas que hasta lo más dentro de él penetre la saeta del amor y temor de aqueste Señor, al cual con tus ojos miras, para que de ahí nazca morir al que eras, y te mudes *en otro varón* (1 *Reg.*, 10, 6) que viva a la voluntad de Cristo.

Y particularmente te encomiendo que, si desde que te confesaste acá, por tu gran desdicha has cometido algún pecado mortal, y no te has arrepentido de él, que el mirar al Señor te mueva tan de verdad tu corazón, que entrañablemente te pese de haberle ofendido.

Y si, por tu mayor desdicha, te sientes tan aficionado al pecado, que aun mirando a la hermosura del Señor le tengas en menos, y al pecado en más, suplícale te añada fuerza para que, hollando al pecado, mires al Señor con ojos amigables, leales y agradables a él. Porque aunque la santa Iglesia católica, regida por el Espíritu Santo, relajando el rigor que en el principio de ella se tuvo (porque convenía entonces así, mandando que no fuesen admitidos a la vista de este Señor los que estaban en pecado mortal e indispuestos para lo recibir), considerando la flaqueza de sus hijos en estos tiempos ser tanta, que si no los admitían a ver al Señor, del todo se extrañarían (16) y dejaran de ir a la iglesia; y que el hincar las rodillas para adorar al Señor, con herir los pechos, y el favor que d[a] la compañía de los buenos cristianos que en el templo están, por cuya oración acostumbra el Señor a hacer merced de convertir a los pecadores, relajó aquel rigor, que entonces convenía tenerse y ahora no, por la diversidad de

(16) *Extrañaran*: apartaran.

los tiempos, y dió licencia para que todo hombre que tuviere fe y bautismo, y no estuviere excomulgado, pueda ver y adorar al Señor; mas por esto no penséis vos que habéis de tener poca vergüenza, y mirar al Señor estando en pecado mortal, adorándolo a Él con el cuerpo, e hincando las rodillas del ánima al demonio y al pecado en que estáis.

Por tanto, para que la vista del Señor, dondequiera que sea, os entre en provecho, y sea a Dios agradable, procurad vos de arrepentiros de vuestro pecado, y pedidle para ello gracia, según está dicho. Pues que si *el justo en principio de su oración es acusador de sí mismo* (*Prov.*, 18, 17), con más razón lo debe ser el que ha cometido pecado mortal, y quiere mirar al Señor.

#### 9.—*Hermosura de Jesús sacramentado.*

No es, hermano, pequeña merced, ni se debe tratar como quiera, el ir en compañía de este Señor, gozando de la hermosura de su vista, y hablando familiarmente. No es bastante para estimar esto tu espíritu humano, por enseñado que sea. Pide lumbre del cielo; y si te fuere concedida, conocerás algún rastro de la hermosura que el Señor lleva mañana en la procesión, y la diligencia con que le debes servir, y el fruto que debes sacar de la vista.

Y no digo esto por la hermosura del Cuerpo de nuestro Señor, de la cual, por ir escondida, no podemos aquí gozar; mas hablo de la espiritual hermosura, que es más excelente que la corporal, y es lo mismo que la bondad; y ésta podemosla conocer, aunque no con los ojos del cuerpo, con el entendimiento alumbrado por fe (17).

Hermosísimo apareció Jesucristo cuando nació en el portal de Belén de su sacratísima Madre, y estuvo en los brazos de Ella, y fué reclinado en el santo pesebre; porque como el hacerse Dios hombre sea la mejor obra que se ha hecho ni se hará, si lo bueno es hermoso, según hemos dicho, ninguna hermosura hay que iguale a la de Dios humanado, porque ninguna obra hay que iguale a ésta en bondad y en amor. Y porque hermosura tan admirable como ésta no que-

(17) Véase AUDI FILIA, c. 113.

dase sin ser conocida y amada, luego en naciendo el Señor, mandó Dios que los pastores de cerca, y los Reyes Magos de lejos, le viniesen a ver y a adorar; y no sólo a ellos, pero también a los ángeles; y todos lo hicieron así, y se le ofrecieron por suyos.

Y no sólo el Señor fué hermoso en su nacimiento; fué también en su niñez, fué siendo de mayor edad, sanando enfermos, haciendo milagros y obras tan ilustres y llenas de admiración, que, como dice San Atanasio, «obscureció la fama de todos los hombres que tenían fama en el mundo, y los que después la tendrán»; y por sentencia del Espíritu Santo fué dicho de Él (*Mc.*, 7, 37): *Todas las cosas hizo bien; y a los sordos hizo oír, y a los mudos hablar; y (Jn., 7, 47) ningún hombre habló en el mundo como Éste habló.*

Y no sólo fué bueno y hermoso en el hablar y obrar, mas en el padecer muerte y Pasión por amor de los hombres, manifestando su grandísimo amor, y por consiguiente su gran hermosura.

Mas no piense nadie que, porque cumplió en esta vida las obras que el Padre la había mandado hacer, y después de muerto y resucitado se subió al cielo y está asentado a la diestra de Dios, que por eso cesó de hacer obras que manifiesten su hermosura. Y por nueva y admirable manera conoció por su sabiduría a este Señor que aquellas obras magníficas suyas, que en vida mortal hizo por amor de los hombres, muy dignas por cierto de que siempre estuviesen presentes a nuestra memoria, y obrasen en nuestros corazones agradecimiento y amor, las habíamos de olvidar por nuestra flaqueza, y por haber muchos días que ellas pasaron; y por eso, aunque llenas de hermosura, ni eran amadas, ni obraban en nuestros corazones lo que era razón. Y para resucitar la memoria de aquéllas, y darles su fuerza, acordó el benigno Señor de hacer otra obra llena de amor y particular hermosura, que fué quedarse con nosotros en este Santísimo Sacramento, para que, viéndole presente con los ojos de fe, movidos con la hermosura de tal obra presente, y con la memoria de las pasadas, se encendiese nuestro corazón en su amor, que es lo que de nosotros pide, no porque le venga a Él provecho, mas porque es necesario que nosotros le amemos, si le hemos de poseer y gozar en el cielo.

Bastantes obras eran aquéstas, por cierto, para nos

aficionar a Él y servirle, y dar por Él nuestra vida. Mas conociendo Él nuestra flaqueza y pesadumbre para le amar, acordó de añadir bien sobre bien, hermosura sobre hermosura.

Y porque ya que Él esté en el Sacramento, y en su Iglesia, donde le podemos ver y gozar de su hermosura; porque algunos no van a la iglesia o si van, la poca capacidad de ella te estorba de ver al Señor cuando lo alzan, o si lo ves, por ventura parece poco el tiempo en que es alzado para ser visto del pueblo, y no hartas tu vista en Él, como deseas, por estas causas y otras, que todas paran en nuestro provecho, sale el Señor mañana de la estrechura de la iglesia a la anchura de nuestras calles a vistas públicas, y va en unas andas públicamente, para que todos le puedan ver sin impedimento y despacio, cuatro o cinco horas enteras, y se acuerden de lo que ha hecho y ahora hace por amor de los hombres; y tanto más se aficionen a Él, y con amor más entrañable y fundado, cuanto la vista de Él fuere más despacio, y más larga.

Es esta obra y merced tan digna de admiración, y tan digna de ser vista de todos, que, así como siendo nacido este Señor en Belén, mandó su Padre Eterno (*Lc.*, 2, 8) a hombres y a ángeles que le fuesen a mirar, adorar y servir, así también en la fiesta de mañana lo manda, diciendo (*Cant.*, 3, 11): *Salid, hijas de Sión, y mirad al Rey pacífico con la guirnalda que le puso su Madre en el día de su desposorio, y de la alegría de su corazón.* Así fué cumplido entonces, que vieron el Verbo divino vestido y ataviado con la guirnalda de su humanidad, la cual le puso su sacratísima Madre cuando de su purísima sangre le concibió, y Él se desposó con la Iglesia, y con mucha alegría de su corazón, por ver cerca el remedio de los hombres, deseado y procurado por Él, y efectuado con la medicina de su sagrada muerte y Pasión.

Alcemos los corazones a Dios, pidámosle su lumbré; y si el Profeta David pide al Señor: *Espabila, Señor, mis ojos, y consideraré cosas maravillosas de tu Ley* (*Ps.*, 118, 18), mucha más causa tenemos nosotros para confesar nuestra ignorancia, y pedir lumbré al Señor para considerar las maravillas de aqueste divino Misterio. En el cual, y en el misterio de la Santísima Trinidad, como dice San Agustín, nuestro

entendimiento alcanza menos, y nos es más necesaria la fe.

Las *hijas de Sión*, manda Dios que salgan a ver al *Rey pacífico*, humanado y nacido en Belén; y también son mandadas que salgan a verlo mañana por las calles en la procesión. Sión, *atalaya* quiere decir, y sin atalayar a Dios, viéndole faz a faz en el cielo, o sin atalayarle en la tierra por fe, ninguno es digno de le mirar, ni tiene que ver en este convite. Mas los ángeles que en el cielo le ven, y los hombres fieles que hay en la tierra, salgan mañana a ver la hermosura de aqueste Señor, y glorificar a su bondad con alabanzas y encendido amor.

Hermoso era Cristo en el portal de Belén, y hermoso es ahora, estando por presencia real en la iglesia. Hermoso en los brazos de su santa Madre, hermoso, y aún más hermoso, en las manos de un sacerdote, aunque pecador; porque cuanto Él muestra mayor bondad en ponerse en manos de persona más indigna, tanto parece mejor su hermosura, pues hemos dicho que lo bueno es hermoso. Y si fué hermosura particular estar Dios hecho Niño, reclinado en un pesebre y vestido de pobres pañales, no es, por cierto, menor ir mañana en las andas, consagrado y abreviado, con pobres vestiduras de accidentes de pan.

Y si la *quirnalda* de su sacratísima *humanidad* que le dió su santísima Madre (la cual Él no tenía) fué cosa muy maravillosa, también lo es que un sacerdote, aunque pecador, con las palabras de la consagración, ya que no dé a Cristo cuerpo de nuevo, dale que esté donde primero no estaba, y un ser sacramental, lleno de inefables maravillas, el cual no tenía antes de la consagración.

Y si el día de su santa Encarnación fué día de *su desposorio y de alegría de su corazón*, sepamos que también lo es el día de mañana, en el cual el Señor, con unas ánimas se desposará, si se aparejaren para recibir la gracia de nuevo; y a otras, que están desposadas con Él por estar en su gracia, les añadirá más gracia para que el desposorio sea más firme.

Y porque el fin de su Encarnación, y de su vida, y trabajos y muerte es el bien de las ánimas, como fué *día de su alegría* el obrar nuestra redención, así es *día de su alegría* mañana, en el cual entra en nuestros pechos, y sale por esas calles a poner en efecto su redención, buscando ovejas perdidas para

traerlas a su rebaño, guardando y confortando a las que están en su gracia, y dando a unos y a otros los frutos del derramamiento de su sacratísima Sangre.

Conoce, cristiano, este *día alegre de tu visitación* (Lc., 19, 44), porque no seas condenado con la ingrata Jerusalén; y despabila tus ojos para ver mañana a este Señor benditísimo, que sale mañana para ser visto, y manda que le miren todos. Que pues Él te miró con ojos de amor cuando, antes que fueses nacido, puso su vida por ti, y Él te crió y te hizo cristiano, y te ha mirado con ojos de misericordia, librándote de muchos males y haciéndote muchos bienes, unos de los cuales tú sabes—y éstos son los menos—y otros sabrás cuando estés en el cielo; y en toda tu vida este Señor ha de tener cuidado amoroso de ti, y ha puesto sobre ti los ojos para que no te le pierdas de vista, como pastor cuidadoso con oveja amada: mírale tú mañana a Él con mucho agradecimiento y amor; busca lugar para que le puedas mirar muy despacio, y ceba tus ojos en su hermosura, pues Él te da licencia, y aun te manda que así lo hagas.

Y mira no te dé en rostro, ni te canse el mirarlo. Que si San Agustín dice de sí que no se harta de considerar el alteza del consejo de Dios, con que dió remedio al género humano, no te fastidies tú de, con los ojos del cuerpo y del ánima, mirar este admirable modo que el Señor ordenó para enseñarnos este amor y hacernos mercedes; con el cual, estando en el cielo, está con nosotros, y el que a todo el mundo universo tiene en su mano, es llevado en aquel relicario (18) con grande admiración de los ángeles. que por ello le dan muy particulares loores.

#### 10.—*Frutos de la procesión.*

Y pues esta fiesta se hace por ti, aprovéchate de ella, y confúndete de llevar corazón tibio, considerando cuán regocijados y fervorosos van los ángeles con el Señor en la procesión, y cuán más amoroso va contigo el mismo Señor; pues te ama ahora de pre-

(18) *Relicario*; así llamaban al ostensorio o custodia del Santísimo Sacramento.

sente en esta procesión, con aquel amor que te amó cuando anduvo la otra del monte Calvario.

Si esto entiendes, si estas mercedes pasan a tu corazón, si tienes tu corazón herido y enclavado con los clavos que enclavaron los pies y manos de aquese Señor, herido con la lanza que hirió su sagrado Costado, pon mañana tus ojos en Él con blanda y amorosa vista; y tras los ojos envíale tu corazón, haciéndole gracia de él, y suplicándole te lo guarde y lo tenga en compañía del suyo.

Y si vas delante de la procesión, vuelve de rato en rato tus oíos a lo mirar; y unas veces pídele perdón de tus pecados; otra dile: *Mis ojos siempre al Señor, porque Él libraré del lazo mis pies (Ps., 24, 15)*; otra: *Como los ojos de la esclava miran a las manos de su señora, así nuestros ojos al Señor siempre miren, hasta que haya de nosotros misericordia (Ps., 122, 2)*.

Y está muy atento al dulce cantar que le van diciendo en la procesión:

*Nobis datus, nobis natus  
ex intacta Virgine,*

que quiere decir en romance:

Este Señor nos es dado, y para nosotros nacido de la sin mancha Virgen María. Gózate con tales palabras con todo corazón y con todas tus fuerzas, pues oyes en ellas que el riquísimo, inmenso y hermosísimo Dios hecho Hombre, nació para ti y es dado a ti: cosa por la cual te debes tener por más bienaventurado y rico, que si fueras Señor de cuanto Dios ha criado en el cielo y en la tierra.

Dile a tu ánima que considere esto, y que cese ya de andar fuera de sí, mendigando por las criaturas unos bienes que en la verdad no lo son, y le hacen olvidar y perder este que verdaderamente lo es. Dite a ti mismo: «¿Yo qué más quiero, sino gozar de esta procesión que me hará rico? ¡Muy avariento es a quien Dios no le basta! Quiero poner mi cuidado en aparejar mi ánima con penitencia, con reverencia, sacramentos, y con ejercicio de buenas obras, para alcanzar y poseer a este Señor, y no perder por mi culpa tan grande dádiva como Él me da por su misericordia; que aquesto me basta.»

¡Oh qué prudente serás si esto entendieres y de ello te supieres aprovechar!

Ten, hermano, a Jesucristo por tuyo; usa de Él como de cosa tuya; y para tus penas y para tus gozos, y para alcanzar perdón, y para hacer buenas obras, ninguna necesidad tendrás, que Él no sea bastante para la remediar. Usa de Él como de maestro para aprender cómo has de vivir; tenle por tu verdadero Rey y Señor, y obedécele como a tal; séle agradable como a tu Redentor; arrímate a Él como a tu verdadero amparo; mírale como a dechado para le imitar; tenle por tu Abogado delante del Padre, y para lo que pretendes, piensa que tienes remedio en Él.

No te hartes de lo mirar con entrañable amor, como a cosa tuya; y procura de honrarle, con que, con los ojos que le has mirado, te guardes mucho no mires las vanidades, ni cosa que no convenga mirar, en secreto ni público. Que ya sabes que los moros que iban a la casa de Meca, y veían el zancarrón de Mahoma, se sacaban los ojos por no ver con ellos otra cosa alguna, habiendo visto aquella miserable reliquia (19). Sácatelos tú, no como aquéllos, según la letra, mas mortificándolos para que no vean cosa indecente, pues han visto a este Señor, fuente de toda bondad y limpieza.

Sabe estimar esta *vista*; y con tal aparejo mira al Señor, que puedas decir con verdad lo que el Patriarca Jacob dijo cuando luchó con el ángel (*Gen.*, 32, 30): *Vi al Señor faz a faz, y fué hecha salva mi ánima.* Gózate mucho de tan dichosa suerte como te cupo por la misericordia de Dios, de que fueses cristiano, y acompañases mañana a este Señor en la procesión; y duélate entrañablemente de la gente que no lo cree, y de la que lo cree y no lo trata con debida reverencia, y no lo recibe con la debida limpieza.

Suplícale, con gemido que salga de lo más dentro de tus entrañas, que te perdone a ti y a ellos las faltas que se han cometido en el tratamiento y veneración de la divina Persona que en el Sacramento está; y que envíe Él su lumbre y su gracia con que los infieles lo crean; y los cristianos, con particular devoción, con entrañable agradecimiento, con encendido amor, le honremos y le reverenciamos y le recibamos; y que no permita Él que aquello que con inefable misericordia

(19) El mismo pensamiento repite en la Plática primera a sacerdotes.

nos fué dado para remedio de nuestros pecados, se nos torne en mal y ocasión de hacer más pecados.

Y si de esta manera fueres mañana en la procesión, entenderás por experiencia que la salida del Señor por las calles no es humana invención ni obra ociosa, como tampoco lo era cuando andaba por las calles y plazas de Jerusalén; porque vendrá tu ánima mejorada, como quien ha estado en un dulce convite; vendrá más confortada en la fe de aqueste divino Misterio, y más inflamada en su amor con las centellas que de Él han salido. Y sabrás que es mejor ir a esta procesión y a las congregaciones públicas de la Santa Iglesia, que quedarse en secreto, con título de mayor recogimiento.

Sentirás a tu ánima con aquestas cosas tan adelante en la esperanza de tu salvación, que tendrás por prenda de ella el haber mañana sido compañero de Jesucristo nuestro Señor, yendo en una misma calle con Él. Porque, según es Él copioso en misericordia, y agradecido a los servicios que le hacemos (y más son mercedes que Él hace a nosotros), que en pago de que le fuiste a acompañar en el día de su alegre fiesta, en la cual salió de su casa para andar por las calles, te saque Él de tus ruines caminos, y te dé gracia para andar por los que Él anduvo de sus hermosas virtudes; y que para el día de tu muerte le recibas en este divino Sacramento, y como quien le acompañó en la tierra, te haga Él compañero suyo y participante de su Reino, dándote para siempre gloria.

## TRATADO 14

### EL PAN CELESTIAL.

*Hic est panis qui de caelo descendit.*

Este es el pan que vino del cielo.

(*Jn.*, 6, 50.)

1.—*La vida de Dios se alimenta con la Verdad y Bondad infinitas.*

—Según esto, en el cielo comida hay, pues que hay pan.

Sí hay, por cierto, pues que hay vida, y la vida mantenimiento ha menester, y el mantenimiento con comer se toma. Y así, el manjar que de allá descendió para dar vida acá, allá está dando vida (1).

*Este es el pan que del cielo descendió.* Pan vivo, porque da vida; pan vivo, porque él vive y es la misma Vida: *Cerca de Ti está la Vida*—dice David hablando con Dios (*Ps.* 35, 10)—, *y en tu lumbre veremos lumbre.*

¿Sabéis qué es esto? Lo que dijo San Juan: *La Palabra estaba cerca del Padre* (*Jn.*, 1, 1). La Palabra del Padre su Hijo es, engendrado eternalmente de Él. Y como el Padre tiene vida en Sí mismo, así dió al Hijo tener vida en Sí mismo (*Jn.*, 5, 26). Porque aunque en las Personas sean distintos, la esencia una es; y esta esencia, que está en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, cosa viva es, la misma Vida es, de la cual y por la cual viven las divinas Personas; vida la más excelente de las vidas.

Por eso entendemos que es *vida de espíritu*, que es más excelente que la del cuerpo; y la vida del espí-

---

(1) *Ambros. de Sacrament.*, lib. VI, c. 1.

ritu consiste en conocer la verdad y en amar la bondad y entenderla, poseerla y gozar de ella; no a cualquiera [verdad] porque verdades hay que, aunque el espíritu las coma todas juntas, se queda tan hambriento como si no hubiera comido nada. Testigos son de esto los filósofos, que después de haber metido en su entendimiento las verdades naturales, supieron como vacíos, y dijeron:

«Esto sólo sabemos, que ninguna cosa sabemos.»

Resérvese este privilegio de dar hartura al entendimiento para la suma e infinita Verdad, que así da contentamiento y satisfacción al entendimiento, que no desea otra comida, ni la busca. Tras lo cual viene, que como conoce claramente la suma Verdad, la cual juntamente es suma Bondad, síguese tras el conocimiento un tan grande amor de la Bondad, y un deseo de gozar de ella, que todos los deseos y senos del corazón quedan tan llenos, que se llama el hombre, y verdaderamente lo es, bienaventurado, sin tener más que hambrear ni que desear.

Y porque aquello que mantiene la vida se llama *manjar*, síguese que la Verdad suma es manjar verdadero del entendimiento, y la suma Bondad es manjar de la voluntad, que le ceba, mantiene, conforta y da vida; y porque el usar del manjar se llama *comer* en lo corporal, pasamos este nombre a las cosas espirituales, y por esta semejanza llamamos *comer* al entender y amar.

Y esta vida es la vida de Dios; porque antes que hubiese criatura alguna, Él tenía vida, y era Vida; porque conociendo su misma esencia y amándola, vive una vida excelentísima, más buena de lo que se puede pensar, más gozosa y alegre de lo que se puede entender; porque su Vida es infinita, y de infinita perfección y de infinito contentamiento; y tan fuerte, que es imposible perderse ni enflaquecerse; porque entre las perfecciones que tiene, es ser omnipotente, dulcísimo de gozar, fortísimo para sustentarse.

## 2.—*La vida del ángel se alimenta con el pan de la divinidad.*

Sea Dios glorificado, que es Dios vivo, y no ídolo muerto; vive de Sí, y no recibe vida de nadie; es Vida tan riquísima para Sí mismo, que de muy lleno

y abastado acordó dar parte de Sí, criando ángeles que participasen en su manera de esta Vida bienaventurada, con tanta honra, que comiesen el mismo manjar que Dios come, y se sustentasen del mismo manjar que Dios se sustenta, y cogiesen dulcísima fruta del mismo árbol que Dios coge.

¿Quién contará el precio de esta vida, pues que, por ser participación de la Vida, que es Dios, participa también de las condiciones de ella; y es vida justa, santa, sabia, limpia, fuerte, alegre, rica, inmortal, llena de gozo, que los hace bienaventurados a semejanza de Dios?

*¡Ángeles, berdecid al Señor! (Ps., 148, 2)* que os honró tanto, que con vuestro entendimiento conozcáis la misma Verdad, claramente, como Dios la conoce (aunque no con tanta fuerza como Él), y améis la misma Bondad que Él ama, y gocéis de esa misma esencia de que Él goza, sentados a una misma mesa con Él, y comiendo de un mismo manjar Él y vosotros; con el cual Él es bienaventurado con bienaventuranza de Dios, y vosotros, bienaventurados, hechos dioses por participación. Gozarnos hemos de vuestro convite que os ha hecho Dios; ayudaros hemos a agradecer a Dios tan grande merced.

Llorará el mundo, porque está tan lejos de esa comida tan festival, tan real, y tiene cerrada Dios la sala comiendo con vosotros, y no queriendo que entre allá hombre ninguno.

### 3.—*El hombre, excluido del convite divino.*

¡Oh abismo del juicio de Dios, que en tiempo de cinco mil años, poco más o menos, ordenó que hombre ninguno del mundo viese su rostro, ni gozase de su esencia, ni supiese a qué sabía su dulce manjar! Su justicia justísima sentenció esto, por la traición que hizo el primer hombre, que habiendo sido criado en conocimiento y amor de Dios, y con esperanza de, si usaba bien de ello, ir a ser convidado del otro más excelente convite del cielo en compañía de Dios y sus ángeles, perdió acá la espiritual comida que Dios le había dado, por comer de un árbol vedado, que fué convite de muerte; y así fué excluido del celestial convite que da vida, y vida eterna.

De lo cual no se puede quejar con razón, pues a

otras criaturas mejores que él, que fueron los ángeles, criados en gracia, y que se les diera la gloria si usaran bien de ella como los otros usaron, los derribó Dios del lugar del convite, porque quisieron mantenerse de sí mismos y no de Dios, arrimarse así, ser señores de sí, y no juntos a Dios; y probaron por experiencia que *es buena cosa*, como dice David (Ps., 72 28) *allegarse la criatura a su Criador*, amándole más que a sí misma, y *poner en Él su esperanza*, esperando bien de Él; y que quien quisiere amarse a sí mismo, y arrimarse a sí mismo, será derribado, sin haber quien lo sustente, hasta los más profundos infiernos, y que él mismo para sí mismo sea tormento, muerte y malaventuranza, pues quiso amarse y gozarse de sí.

Justicia usó Dios con los ángeles y con los hombres, pues está muy mal que los traidores al Rey se sienten a una mesa con él; y mal empleado es convite de vida en el que lo tiene en tan poco, que se harta de manjares de muerte.

Mas aunque esto haya sido *justicia*, quiso Él por su bondad que los hombres, como más flacos, alcanzasen su *misericordia*, y los ángeles, como más fuertes, fuesen para siempre excluidos de este convite. *Airado estaba* el Señor con los hombres, y con mucha razón; mas Él *se acordará de su misericordia* (Hab., 3, 2), perdonará al pecador arrepentido.

#### 4.—Cristo, Pan del cielo.

¡Venga, Señor, el tercer año de tu reinado (2) y alzarse ha el entredicho de tu convite; y a semejanza del rey Asuero (*Esth.*, 1, 3), convidarás a tu mesa a todos los hombres, chicos y grandes, que quisieren ir!

Pasó el tiempo de la ley de naturaleza, pasó el de la de Escritura, vino el cumplimiento del tiempo de la gracia de Dios, y *envía a su unigénito Hijo hecho debajo de Ley, y engendrado de mujer* (*Gal.*, 4, 4), para que, tomando humanidad, hiciese capaces a todos los hombres, que a Él se juntasen, de gozar del excelente convite en que Dios es el convidado y el mismo manjar.

Y en prendas de aquesto, en siendo aquella Anima

---

(2). Enseguida explica lo que entiende por el *tercer año* del reinado de Dios (la ley de gracia), por semejanza con el rey Asuero.

suya santísima criada, fué convidada a este convite, y vió y gozó de la divina Esencia, según la parte superior de ella, con tanta ventaja y dulcedumbre, que comió más de aqueste sabroso y dulce manjar, que todos los ángeles juntos.

¡Gran gozo para los hombres, que haya ya Dios descubierto su faz a un Hombre, y puéstolo en la cabecera de la mesa de su santo convite; y que siendo Hombre, sea Cabeza de hombres y Cabeza de ángeles; y con ser tan alto, sea tan amigo de los hombres desechados, que no quiso comer a la mesa solo, sin llevar otros convidados, aunque le costase la vida! Alabada sea la misericordia de Dios, que nos dió a su benditísimo Hijo: Vida por ser Dios; convidado a esta vida por ser Hombre.

Y venido a este mundo, después que hubo hecho aquel gran convite de cuerpos, y hartado a millares de hombres y de mujeres con *cinco panes y dos peces* (Jn., 6, 9-12), gloriándose los judíos de que Dios había dado a sus padres en el desierto el *maná del cielo* con que se mantuviesen (l. c., 31), les dijo el soberano Maestro, Dios humanado, las palabras del tema, hablando de Sí mismo: *Este es el Pan que descendió del cielo* (Jn., 6, 50).

Es palabra de tanto valor y de tanta consolación, que se les pasó por alto, y como a gente de tierra, no les supo bien el manjar del cielo; mas por su mal. Oigan los cristianos las misericordias de Dios, dichas por boca del Verbo encarnado; tengan firme fe para creerlas; tengan cuidado de aprovecharse de ellas, agradecidos a Dios por tan grande merced, y temerosos los que no la recibieren como es razón.

¡Oh palabra dulcísima y digna de toda acepción! *Este es el Pan que vino del cielo.*

*El que es de tierra*—dijo San Juan (Jn., 3, 31)—, *de tierra es, y de la tierra habla; el que viene del cielo, sobre todo[s] es.* Si estabas, hombre, habituado a comer manjares de tierra, manjares vanos, manjares de muerte que te causaban hablas de tierra y vida de tierra, abre las orejas y oye: *Este es el Pan que viene del cielo*, más precioso, fuerte y sabroso que los otros manjares que has gustado, cuanto excede la alteza del cielo a la profundidad de la tierra.

Descendió *el Pan del cielo*, porque, como Dios sea Señor de los de allá y de los de acá, y no sólo sea Señor, más también sea amantísimo Padre, y no des-

cuidado de la provisión de sus hijos, ordenó mantenimiento para los que tiene en el cielo y para los que tiene en la tierra. Jesucristo, Pan verdadero, «descendió del cielo por nosotros hombres, y por nuestra salud encarnó en el vientre virginal de nuestra Señora» (3), y salió hecho pan de los hombres, conforme a la flaqueza de ellos. Cómense los ángeles en el cielo como a Dios invisible; mas los hombres de la tierra no tienen aquellas fuerzas; y por eso convino que el que es pan de los grandes en el cielo, fuese hecho leche para mantenimiento de los pequeños de acá. Al que ven los ángeles en el cielo invisible, ya le ven acá los hombres con sus corporales ojos, oyen su voz con orejas de carne, pueden tocarle con sus manos, y gozan de él conforme a su pequeñez.

#### 5.--*La Eucaristía y la Encarnación.*

Mas porque su morada según el cuerpo en este destierro, convenía—según la ordenación de Dios—que fuese por pocos años y en pequeña parte de la tierra, y había de tener en todo el mundo hijos que mantener ordenó su amor que, ya subido—resucitado—a las alturas del cielo, descendiese a la tierra, no a esta parte ni a aquella, sino a todo el mundo universo donde hijos tuviese, y no por treinta años, sino por todo el tiempo que el mundo durase, hecho manjar de ellos según su divina palabra, más firme que el cielo y la tierra (*Mt.*, 28, 30): *Yo con vosotros esto todos los días hasta que el mundo se acabe.*

Todos te demos alabanzas y gracias, Señor, porque «por nosotros hombres, y por nuestra salud, descendiste del cielo», y haciéndote hombre en el virginal vientre, saliste de allí y conversaste familiarmente con los hombres, y gozaron de tu preciosa habla y milagros, y acabaste la obra de nuestro remedio. Bien fué aquél para los pasados, presentes y por venir; y en señal de esto, la gente que el día de Ramos iba, Señor Jesucristo, delante de Ti y detrás de Ti y a los lados, te cantaban lores como a universal y común Salvador (*Mt.*, 21, 9). Mas los que de tu presencia no gozamos en aquellos tiempos, porque aun no éramos nacidos, te alabamos, y de corazón te agradecemos que

(3) Del *Credo* romano.

«por nosotros hombres, y por nuestra salud descendiste del cielo», no una vez, como entonces en el vientre de la Virgen, mas innumerables veces en el vientre de la Hostia consagrada (4), para desde allí entrar en nuestros estómagos, a darnos la vida con esta tu vida, que nos ganaste con la otra primera. ¿Qué aprovechara al mundo que descendieras del cielo y murieras en la cruz, si no descendieras ya vivo del cielo para darnos la vida que nos ganaste en la cruz con tu muerte?

«¿Quién de los fieles hay—dice San Gregorio—que no crea que en la hora de la consagración se abren los cielos a la voz del sacerdote, y se juntan en uno las cosas bajas de la tierra y las altas del cielo, y de las cosas visibles e invisibles se hace una cosa?» Lo cual se ha de entender, que así como cuando *descendit* a ser hombre, no quiere decir que el Verbo de Dios dejase el lugar que en el cielo tenía, y según movimiento local, descendiese a la tierra, pues que la divinidad ni es cuerpo, ni está en lugar señalado, mas todo lo hinche y a todo excede, y ni se muda según substancia, ni se muda según el lugar; mas dicese que *descendió del cielo* para dar a entender que desde la alteza del cielo a la profundidad de la tierra hay grande baja; y así, siendo Dios, juntar consigo en el sacratísimo vientre de la Virgen un cuerpo y un alma de tal manera que el que es Dios, también sea hombre, es una descensión mucho más baja que si descendiese un cuerpo desde el cielo a la tierra.

Y de esta manera, cuando decimos acá que a la voz del sacerdote se abren los cielos y *desciende* el Señor a la tierra, no queremos decir que descende corporalmente por esos cielos y aires abajo, mas porque, así como [tomó] el cuerpo en el vientre de la Virgen, formándolo de nuevo de su purísima sangre; así el cuerpo que ya tiene en el cielo está debajo de la Hostia, y es el mismo que está allá a la diestra del Padre.

Y así hay semejanza entre la santa Encarnación y este sacro Misterio; que allí se abaja Dios a ser hombre, y aquí Dios humanado se baja a estar entre nosotros los hombres; allí en el vientre, aquí debajo de

---

(4) Cómo la consagración es un nuevo nacimiento de Cristo, trátalo Fr. Luis de León: *Nombres de Cristo*, libro III. Nombre de *Hijo*, p. 4.

la Hostia; allí en los brazos de la Virgen, aquí en las manos del sacerdote.

En la primera venida *padeció y fué sepultado*, y aquí se llama ser *sacrificado* en la Misa, porque es representación de su sagrada Pasión; entonces muerto, fué sepultado en el sepulcro, y aquí es puesto vivo en nuestros corazones; para que por la conveniencia de estos misterios entendamos que los que bien usamos de aquesta venida, somos participantes de los bienes que nos ganó en la otra primera, y que para nosotros nació, vivió, fué muerto y sepultado, pues aquí tenemos la semejanza de todo aquello, y al mismo que aquellas cosas obró.

Y si está escondido, aquello fué proporcionarse con nuestra flaqueza; porque si en su propio resplandor pareciese, ni nuestros ojos sufrirían a verle, ni tendríamos merecimiento de fe. Y como Él tenga más cuenta con lo que nos es provechoso que con lo que nos es sabroso, quiere más que ejercitemos la fe creyéndolo en escondido, para que se nos dé por premio en el cielo de ver cara a cara su hermosura; y no cura de darnos acá el contentamiento que tuviéramos en verle en su propia figura. Mas esto es cierto, que Éste que entre nosotros tenemos, es el que nació, padeció y fué sepultado, y el mismo que en los cielos está...

Mas ¿queréis que os diga otra exposición, aunque será muy causadora de pena en vosotros y en mí, de aquestas palabras? Que se representa aquí el Señor muerto y sepultado...

#### 6.—*Si tenéis fe, ¿por qué no recibís el Pan celestial?*

Decidme: este pan que debajo de la Hostia está, ¿vino del cielo o es pan de la tierra? ¿Está allí Jesucristo, o un pedazo de pan? Esta cosa tan alta, ¿qué es? ¿Dios humanado, o una tortilla de pan cenceño (5) no más? ¿Vino del cielo, es Rey del cielo? ¿Es Dios y Hombre verdadero, o es pan de la tierra?

Sospecha tengo que no me osáis responder, sino que estáis atajados como los fariseos, a quienes aquel Señor, viviendo en vida mortal, preguntó (*Mt.*, 21, 25):

(5) *Pan cenceño*: pan sin levadura, ázimo. La Iglesia latina consagra con pan sin fermentar; la Iglesia griega usa pan fermentado.